



HISTORIA DE DON PAZ Y SU NIETO KALUCHA: DESAPARICIÓN Y BÚSQUEDA EN TERRITORIO YOREME

Mi nombre es Paz Quiroz Cota y nací el 24 de enero de 1946 en la comunidad de Tetamboca, en el municipio de El Fuerte, Sinaloa. Soy de sangre yoreme, y uno de los pocos hombres que participan con el grupo de Las Rastreadoras. Como soy leñador y me meto mucho al monte, me ha tocado encontrar varios cuerpos que los malandros tiran o entierran. Muchos de los *escaponeros*, los que buscan madera, encuentran cuerpos, pero les da miedo dar aviso. Yo sentía pena por estos pobres muchachos, que no tenían santa sepultura, y por sus familias, así que cuando supe que existía este grupo de señoras que buscaba difuntos, empecé a darles aviso si encontraba algo. Por más de un año estuve colaborando con ellas, las acompañaba en la búsqueda, y una vez por aquí por San Blas, en el Rancho Araceli, me tocó encontrar cinco cuerpos. Nunca imaginé que un día les pediría apoyo para buscar a alguien de mi propia familia. Mi nieto José Manuel Luna Quiroz desapareció el 4 de abril de 2017 y su cuerpo fue encontrado a las orillas del río el 12 de julio del mismo año. En cuanto desapareció contacté a Mirna, la dirigente de Las Rastreadoras, porque sabía que sólo ellas entenderían mi dolor y me darían apoyo. El día que encontramos el cuerpo de mi nieto prometí que seguiría apoyándolas hasta que los encontremos a todos.

Mi nieto José Manuel, a quien le decíamos Kalucha, era un joven muy alegre y respetuoso, que creció con nosotros. Más que un nieto era un hijo, así que su historia es parte de una historia más larga que empezó cuando mis abuelos, los troncales yoremes de este pueblo, llegaron a Tetamboca, desplazados por la construcción de la presa El Mahone, en el afluente norte del Río El Fuerte, a principios del siglo pasado.

Mi *tata* se llamaba Severiano Cota y era curandero, se le conocía en toda la región por un remedio de doce hierbas que inventó para curar la rabia. La botella de cuarto de litro la vendía a 50 pesos, que era un dineral para esos tiempos. Personas de todo el norte del país llegaban a nuestra casa a buscar su ayuda. Entonces había muchos problemas de rabia, porque no se había desarrollado la vacuna y los zorrillos, los zorros, los murciélagos y hasta los perros la transmitían. Aquí en el pueblo se concentró un grupo de curanderos a los que se les conoció con el nombre de los Totolis, que quiere decir “pollos” en el idioma yoreme. Mi abuelo se llamaba Severiano Cota y los otros eran Domingo, Lázaro, Juan y Celsa López; mi tata era el único que no era de la misma familia, pero todos eran curanderos y formaron una sociedad. Como no tenían tierras para cultivar, el remedio “cura-rabias” fue lo que le dio de comer a toda la familia.

Por aquel entonces se iniciaba la distribución ejidal y mi abuelo y sus hermanos solicitaron tierras, esperaron por más de medio siglo sin que se les diera ninguna respuesta. Ellos murieron en la batalla; mi tata y sus hermanos murieron y nunca les dieron un pedazo de tierra. Mi tío Emiliano, mi tío Yiqui y mi tío Chebo entraron a la mentada ampliación de 1952. Los ejidatarios que estaban ya tenían su dotación, pero no había para darles a los demás. Por eso se solicitó la ampliación del 52, que se hizo realidad hasta 1992.

Cuando ya habían muerto todos, en la década de los noventa, finalmente me mandaron a hablar a mí para decirme que había salido la dotación ejidal de mi tío Eusebio. Ya nadie de su familia vivía por estas tierras, sus hijos se habían ido al norte a buscarse la vida, así que la persona de la Reforma Agraria, que me conocía, me sugirió que yo asumiera los derechos ejidales. Pero yo soy persona honesta y no quería problemas con mis sobrinos, así que los mandé llamar hasta Nogales y fue uno de ellos quien recibió la dotación a nombre de su padre. Pero ahí están las tierras abandonadas, porque ellos ya no las quieren sembrar. Pero les han sacado dinero, porque hace algunos años se construyó un gasoducto que pasó por todo el territorio yoreme, y aquí a unos 125 ejidatarios les pagaron por dejar que los tubos pasaran por su tierra, creo que les

dieron unos cien mil pesos a cada uno, “fue una piñata”. Pero a mí no me tocó nada, porque no soy ejidatario, y mi sobrino no me dio nada, aunque lo apoyé con todo el trámite para que le dieran los derechos ejidales de su papá. Ahora dicen que van a vender todo el monte a unos japoneses que van a generar energía eléctrica, no sé bien, pero van a poner unas cosas para producir corriente. Van a comprar las tierras de seis ejidos, y dicen que van a pagar cinco mil pesos por hectárea. Mi sobrino tiene 44 hectáreas, así que le darán por lo menos un millón de pesos. Ojalá se le ablande el corazón y me tire por lo menos con unos cinco mil pesos. Pero no espero nada, las nuevas generaciones ya se fueron de esta tierra, ya no se acuerdan de sus raíces y ahora están vendiendo el ejido.

Pero aquí seguimos nosotros, que somos los hijos de los meros troncales que formaron estos pueblos. Yo nací y crecí aquí en Tetamboca con mis abuelos, porque mi mamá nos abandonó a mí y a mis hermanitos. Éramos tres hermanos: Sixto, el mayor, yo el segundo y mi hermanita Manuela la más pequeña. Nuestro padre era un borracho, que abandonó a mi mamá. Así que desde que nacimos vivimos en casa de mi abuelo, con mis tres tíos. Pero un día llegó un enfermo del norte del estado a que lo tratara el abuelo de la rabia. Los tratamientos duraban diez días, y los enfermos se quedaban en casa bajo el cuidado de los abuelos. Durante esos diez días el fulano enamoró a mi madre y ella se huyó con él y nos abandonó. Pero mis abuelos nos criaron como si fuéramos sus hijos, nunca nos pegaron y nos enseñaron a trabajar. A mí fue al único al que le enseñó a hacer el remedio, me llevaba al monte a recoger las hierbas y me enseñaba cómo identificarlas. Un día me dijo: “mira mi’jo, cuando yo me muera tú te vas a quedar con la herencia, a esto le vamos a echar tanto así, y a esto tanto así”, y me enseñaba las cantidades que había que usar de cada hierba. A mí no se me olvida, fueron doce ingredientes que le echaron al remedio, y todos están aquí en el monte. Pero esa herencia ya no me sirve, porque con la vacuna se ha ido terminando la rabia.

De los abuelos aprendí también el idioma yoyeme, todos los troncales que fundaron esta comunidad lo hablaban; al principio a mí me daba pena hablarlo, porque en San Blas y en El Fuerte la gente se reía de

uno si hablaba como los indios. Pero todos aquí somos indios y no tiene por qué darnos vergüenza, no hay por qué renegar de nuestras raíces. Cuando era niño y mi abuelo me mandaba a la tienda, yo no entendía todo lo que me decían los señores mayores, me di cuenta que tenía que perder la vergüenza y aprender a hablarlo. También aprendí a bailar de judío,¹⁵ y durante siete años participé en los bailes en el Centro Ceremonial de Sibirijoa, en Semana Santa; el 15 de mayo, que es la fiesta de San Isidro y el 24 de junio, que es la fiesta de San Juan. Era joven y lo hacía por puro gusto, otros lo hacían por manda para pagar a los santos por algún milagro. Si querías bailar de judío, el pascola,¹⁶ que era el mandón del baile, casi siempre un señor mayor que ya había participado por muchos años, era el que te entrenaba y el que enseñaba las reglas. Los músicos enseñaban a los jóvenes a tocar el arpa, el violín, las sonajas, y nos entrenaban para los bailes de los judíos y del venado. Cuando estábamos listos salíamos a correr de judíos por los distintos pueblos, y ahí nos daban hospedaje para dormir. Bailábamos en los distintos centros ceremoniales: Tehueco, Sibirijoa, Jahuara, Charay, Mochicahui.

Fue en una ocasión que bailaba como judío que conocí a mi esposa. Ella se llama Florencia Luna Montoya y vivía también aquí en la comunidad. Nos enamoramos y yo me la robé, aunque ella dice que fue ella la que me robó a mí. El caso es que me la llevé a vivir a casa de los abuelos aquí en Tetamboca, pero ellos ya habían muerto, murieron cuando yo tenía 20 años, y tuvimos que vivir con un tío que era muy enojón. Trabajábamos cortando leña y nos pagaban a ocho pesos la carga. Teníamos una vida muy humilde, pero yo nunca le tuve miedo al trabajo. Aun así, el papá de ella no me podía ni ver, decía: “no quiero que mi hija quede con un indio huevón”, y cuando me veía me enfrentaba. No sé por qué pensaba así, si él también era indio, hablaba la lengua,

¹⁵ Danzante que participa en uno de los bailes tradicionales del pueblo yoreme [N. de las E.].

¹⁶ La pascola se refiere a un conjunto de artes y manifestaciones rituales del pueblo yoreme que incluye música, oratoria, narrativa oral, comedia, textiles y trabajo de madera. Además de los yoremes, también comparten esta tradición los pueblos pápagos, tarahumaras, pimas, tepehuanos del norte, seris, juarijíos, mayos y yaquis. En sus danzas, los pascolas imitan los movimientos de los animales y usan máscaras para representarlos [N. de las E.].

pero no lo quería reconocer. Ya después, cuando tuvimos a nuestros hijos, me terminó aceptando.

Pero el primer año viviendo con el tío fue muy difícil, nos trataba mal, de todo se enojaba y le gritaba a Florencia; me echaba en cara que no era mi casa. En 1975 nació nuestra primera hija, Guadalupe, y él también la trataba mal. Un día, sin decirme nada, Florencia agarró su ropa y las cosas de cocina que le había comprado y se fue con la niña a casa de sus papás. Me dijo que no volvería conmigo hasta que le construyera su propia casa. Iba tan molesta que perdió todo en el tren y tuve que volver a comprarle sus trastes. Pero entendí el mensaje y nos salimos de la casa del tío, que nunca se casó y terminó muriendo solo en la casa de los abuelos.

Cruzamos la carretera y me posesioné de este terreno; con el tiempo, el Comisariado Ejidal me ayudó a regularizar los papeles y ahora tengo todo legal y he dividido el predio en partes para que mis hijos tengan cada uno un solar para construir sus casas. Pero como el terreno está pequeño sólo me ha dado para tener algunos animales de granja y sembrar algunos árboles frutales. Así que cuando los niños estaban chicos tuve que seguir sacando leña y trabajando como albañil para mantener a mi familia. Tuvimos cinco hijos: Guadalupe, Rosario, Rosalía, José Paz y la socoyota:¹⁷ María del Carmen. Pero la vida nos dio más hijos. Adopté legalmente a tres sobrinas nietas a quienes sus padres no pudieron cuidar. Así que esta casa siempre ha estado llena de hijos, nietos y bisnietos. Todos los que necesitan un techo donde dormir o una mesa donde comer son bienvenidos en esta casa.

Gracias a Dios la comida nunca ha faltado. En 1981 conseguí un trabajo en la Compañía Anderson Clayton, que molía semillas de algodón y ajonjolí para hacer aceites. Por cincuenta años esta empresa le dio trabajo a gente de las comunidades de El Fuerte, y mi suegro logró que yo entrara de jardinero. Pero yo sólo sabía cortar leña, nunca había visto una podadora, pero con necesidad uno aprende todo. Aprendí a usar la máquina y también a manejar camiones. Pero el contrato de la empresa

¹⁷ Socoyota es un localismo que se usa para referirse al hijo o hija menor de una familia [N. de las E.].

se acabó y tuvieron que cerrar, así que liquidaron a todos los trabajadores. Con la liquidación hice un cuarto de material. Al principio esta casa era sólo una ramadita, tejida de latas embarradas con lodo, y sólo teníamos una pared de adobe. Pero como estaba bien enjarrada se veía bien y me decían que parecía de ladrillo. Poco a poco fuimos construyendo la cocina, los cuartos de material, y los hijos propios y adoptados siempre tuvieron un techo dónde dormir.

Mis cinco hijos crecieron aquí en Tetamboca, pero antes las cosas eran muy tranquilas, no había tantos problemas de drogas ni muertos ni desaparecidos. Sólo se escuchaba de la marihuana, pero si algún muchacho la fumaba, nunca lo hacía enfrente de sus mayores ni en la calle. Fue con Caro Quintero que empezaron a venir por los muchachos para llevárselos a trabajar a Búfalo, Chihuahua. Pero era un trato respetuoso, se los llevaban y los regresaban después de la cosecha. Se llevaban trenes llenos de trabajadores, en la estación El Sufragio los recogían a todos. A algunos se los llevaban también en avioneta desde Guasave. Pero no había miedo, era un trabajo más del campo, pagaban bien y regresaban a sus casas sin problema. Pero hace como diez años las cosas se empezaron a descomponer, cuando entró la coca y luego el crack. Entonces empezaron a meter las drogas en las escuelas, drogas que nos dejan a los muchachos ciegos, sordos, locos. Empezaron a trabajar con el mismo gobierno y a levantar a los muchachos, muchos ya no regresaban y algunos regresaban locos. Los vuelven adictos para que les trabajen y cuando ya no les sirven, los matan.

Nosotros teníamos mucho miedo por nuestros plebes, pero gracias a Dios ninguno se nos hizo adicto; no pudieron estudiar mucho, unos sólo primaria y otras la secundaria, pero todos son muy honestos y trabajadores. Las chamacas se me enamoraron pronto y se fueron de casa. Rosalía, la tercera, es la mamá de Kalucha, ella se me fue a los 17 años con un muchacho de aquí del pueblo que se llama José Manuel Luna. Se la llevó a vivir a Los Mochis y tuvieron dos niños, José Manuel y Fanny. Yo estaba muy enojado porque se fue sin mi permiso, y por un tiempo no supe nada de ella. Pero algo en mi corazón me decía que no estaba bien; me llegaron rumores de que la tenía pasando ham-

bres, pidiendo comida en las casas y viviendo en una casucha cerca del ferrocarril. Un día, un patrón que tenía me llevó a trabajar a Los Mochis en una construcción y entonces decidí buscarla. Anduve preguntando por el rumbo, en las tiendas, con los vendedores en la calle, hasta que di con ella. Una familia que le daba de comer me dijo dónde vivía, se me rompió el corazón cuando la vi a ella y a sus hijos. Los niños estaban llenos de llagas en todo el cuerpo, la casa no tenía piso y era un lodazal, así que se llenaba de mosquitos que se comían a los niños. Le dije que arreglara sus cosas y que vendría por ella y sus niños el fin de semana, y que no se fuera a llevar nada de las cosas del fulano, para no tener problemas; con nosotros ella no necesitaría nada.

Así fue como Kalucha y su hermana Fanny se convirtieron en otros hijos más para nosotros. Durante diez años vivieron en esta casa, hasta que su madre se volvió a enamorar y se casó, ahora sí con boda y todo, y se los llevó a vivir a Los Mochis. Pero los niños ya estaban acostumbrados con nosotros y cada que podían se venían a Tetamboca. Estudiaron hasta la preparatoria; la niña la terminó, pero Kalucha quiso empezar a trabajar para ayudar en la casa. Primero le ayudó a su mamá vendiendo donas, porque su padrastro era panadero. También estuvo de cargador en el mercado, ahí le daban verduras y se las llevaba a su mamá para ayudar en la casa. Mi Kalucha era muy luchón, siempre le buscaba por todos lados. Era muy de sangre liviana. Tuve ganas de verlo enojado, pero nunca se enojaba por nada. Era pura risa. Cuando yo estaba con él siempre me hacía reír. Nunca fue violento con nadie. Todos los recuerdos que tengo de mi nieto son recuerdos alegres.

Aunque tenía bronquitis asmática, y las crisis de salud a veces lo ponían mal, eso no le afectó el carácter y nunca dejó de trabajar. Cuando desapareció estaba trabajando aquí en la empresa de empaque de arándanos, le pagaban bien. Se vino a vivir aquí a una casita que tenía su mamá, pero se la pasaba todo el tiempo con nosotros.

Kalucha empezó a bailar con los judíos. Fue aprendiendo mucho de nuestras tradiciones y pronto bailaba como venado. Tendrían que verlo; levantaba las cosas con la boca y se movía como si fuera un venado en guardia. Todavía tengo aquí todas sus cosas con las que bailaba:

los tenábaris,¹⁸ las carrilleras y la cabeza de venado. Sus compañeros ju-
díos lo acompañaron en su funeral, y todavía van a su tumba a bailarle.

Hay aquí en el ejido una jovencita que es la única mujer venada, y
baila como nadie, ha viajado por todo el país bailando. Ahora que murió
Kalucha ella me pidió prestado su traje y se lo presté, pero le dije que lo
cuidara mucho. Las carrilleras son de pezuña de venado, originales, y los
tenábaris de capullos de mariposa que se rellenan con piedritas para que
hagan ruido al bailar. El traje es muy valioso, y más para nosotros por-
que es un recuerdo que tenemos de nuestro nieto. Pero se lo prestamos
porque sabemos que es una jovencita muy responsable y que baila como
nadie. El día de muertos, cuando estaba visitando a mi niño, llegó la ve-
nadita y me pidió permiso para bailarle. No sabe con qué pasión saltaba
la venada sobre su tumba, yo no pude aguantarme las lágrimas, pensaba
en las veces en que mi Kalucha usó ese traje y bailó como venado.

Fue por el baile que conoció a su mujer, Blanquita; ella cumplía
años y le pidió que fuera su chambelán, y de ahí ya no se separaron. Él
tenía 20 años cuando se juntaron. Dicen que fue por ella que quisieron
matar a mi hijo, que un sicario que la quería fue el que lo acosó ese 4 de
abril que desapareció. Estaba trabajando en el empaque de arándanos
cuando alguien le avisó que iban a ir por él para matarlo. Entonces habló
a la casa para pedirme ayuda, pero ese día yo había salido a buscar laja,
que es el trabajo que hago desde hace varios años. Para mi mala suerte
no me encontró, si no tal vez yo habría ido por él y ahora estaría aquí
con nosotros.

Cuando no encontró a nadie en la casa, asustado, le pidió ayuda a
uno de sus compañeros de trabajo. Si tenía miedo y quería huir es por-
que sabía que las amenazas iban en serio, así que dejó el empaque. Lo
sacaron en una camioneta, lo tiraron en una parte donde estaba fuera de
peligro, en la orilla de un monte, de la carretera para arriba, y lo alejaron

¹⁸ Los tenábaris son unos hilos de nylon o de cuerda de algodón donde están pegados o
cosidos capullos secos de mariposa que han sido recolectados en el campo y que son rellenos
con piedras pequeñas de hormiguero. Los tenábaris son parte del atuendo en las danzas de
Pascola y Venado en las tribus mayos y yaquis, principalmente. Se colocan en las pantorrillas del
danzante: los pascolas los enredan hasta la rodilla y el venado sólo en los tobillos, causando un
sonido de sonajas con el movimiento [N. de las E.].

de los maleantes. Llegó hasta el río que separa Tetamboca de las tierras del arándano. Ahí tomó una canoa y fue lo último que supimos de él. Cuando me enteré de que lo estaban siguiendo me fui para el río y lo empecé a buscar, pero sólo encontré la canoa volteada, ningún rastro de él.

De inmediato contacté a doña Mirna, sabía que ellas me ayudarían a encontrarlo. Al día siguiente en la mañana ya estaban aquí Las Rastreadoras y habían traído a un buzo de la Fiscalía para que nos ayudara a buscar. Por ocho días estuvimos rastreando toda la orilla del río, sin encontrar nada. Mi hija estaba desesperada, quería ir a buscar al tipo que se rumoraba que lo había amenazado, pero yo la tranquilicé. No quería que nadie más en la familia se arriesgara. Yo sólo quería encontrar a mi nieto, vivo o muerto.

Durante cuatro meses lo estuve buscando por todos lados: en el monte, a la orilla del río, por otros ejidos. El 11 de julio de 2017 me van diciendo que ahí en la bocatoma está un ahogado, y mi corazón me dijo que era mi nieto. Entré a sacarlo ese día, el 11, como a la una de la tarde, pero me lo arrebataron a balazos. Coincidió con que había una balacera entre dos grupos, ahí mismo en la zona donde estaba el cuerpo. Salí corriendo, totalmente mojado, muy asustado, y me fui a refugiarme a casa de un amigo que estaba cerca. Después supe que habían quedado dos muertos de ese enfrentamiento.

Esa misma noche me comuniqué con Mirna; al día siguiente, a las 9 de la mañana, ya estaban Las Rastreadoras aquí. Fuimos a donde estaba el cuerpo y lo alcanzábamos a ver desde la orilla del río. Sin pensarlo mucho, una de ellas —medio atrabancada—, de aquí de San Blas, Rosario López, se lanzó al agua, eso me dio valor para lanzarme yo. Entre los dos rescatamos el cuerpo; otro de los compañeros, don Alfonso, me lanzó una sábana y lo envolví con ella. Con mis propias manos lo saqué del río. De inmediato supe que era mi Kalucha, por la ropa que llevaba, porque al abrazarlo y sentirlo cerca de mi cuerpo mi corazón lo supo de inmediato. Pero ya estando afuera llegaron los ministeriales, luego los militares, las cámaras de televisión y la policía. Yo estaba todo confundido, no terminaba de entender lo que pasaba. Me lo arrebataron de los

brazos y se lo llevaron a Los Mochis. Tuvieron que pasar cuarenta y un días para poder recuperar su cuerpo y darle una santa sepultura.

Inmediatamente después de que se llevaran el cuerpo le llamé a mi hija Rosalía, la mamá de Kalucha, para que ella se hiciera cargo allá en Los Mochis de todo el papeleo. Me quedé con Las Rastreadoras para seguir buscando otros cuerpos. Pero los periodistas me hacían preguntas, me agobiaban y de repente no pude más y me desmayé.

Las siguientes semanas fueron de espera, nosotros no entendíamos por qué no nos entregaban de una vez a mi nieto. Por la ropa, los lentes, el celular, las llaves de la casa, todo nos mostraba que era él. Sabemos que son cosas que el gobierno tiene que hacer para estar más seguro, pero por qué tienen que tardar tanto. Yo no sé nada de lo que esas pruebas muestran, pero lo que a mí me causó mucho coraje fue que nos tenían esperando y esperando, hubiera sido tan fácil que me hubieran dado la llave y si abría la puerta de su casa, para nosotros esa era una prueba suficiente. Lo tuve en mi poder y me lo quitaron, eso me dolió mucho. Finalmente, después de casi seis semanas nos entregaron el cuerpo, luego de que yo denuncié en una entrevista de televisión lo que nos estaban haciendo. Eso ayudó a que por fin nos lo entregaran, pero sin acta de defunción ni nada. Tampoco me entregaron todas sus cositas, yo quisiera recuperárselas y dejárselas en la tumba.

El velorio fue aquí en la casa de su mamá en Tetamboca, donde él vivía. Llegó muchísima gente, todos sus amigos de la pascola lo acompañaron y ahí en el velorio le bailaron los judíos. También el padre nos acompañó a dar una bendición al lugar en donde lo sacamos y luego a llevar el cuerpo a la Iglesia. Fue una misa muy especial, y al salir éramos como unos cuarenta carros acompañándolo.

No termino de hacerme a la idea de que está muerto. Le puse la caja cerrada. A los ocho días ya le había preparado un monumento en la tumba. Pero él nos sigue visitando, lo sentimos, y la verdad es que nos gusta que venga a vernos. Durante esos meses que estuvo desaparecido venía muy travieso y me tocaba la ventana. Tanto mi mujer como yo lo escuchamos varias veces. Siento siempre su presencia, sé que está acompañándonos, sigue aquí con nosotros; no le tengo temor, es mi sangre.

ELEGÍA A DON PAZ

*Acunaste en tu seno
sangre mártir,
lobos rapaces
cortaron súbitamente
el aliento de tu nieto.*

*El carmesí brotó
en tus órbitas,
cálida mezcla
hielo fundido
en abrazo filial,
la discordia no exime
la nobleza.*

*Su sombra
consuela tu soledad
hasta el nuevo
reencuentro.*

SUZUKI LEE CAMACHO